

“EL VICIO IMPUNE DE LEER”

Conferencia del Dr. Jorge Basadre en el Instituto Pedagógico

Invitado por la Federación de Estudiantes del Instituto Pedagógico, el doctor Jorge Basadre ofreció una conferencia con este título.

Después de agradecer el honroso encargo que se le había encomendado y de recordar sus vínculos con la juventud y con el magisterio, recordó que Valéry Larbaud ha popularizado la frase “vicio impune de leer”. Vicio significa algo muy distinto que delito. El delito es lo que no se debe hacer de ningún modo; el vicio es lo que se exagera y acentúa en una función tolerable en pequeña escala. Algo menos que el robo es el hurto, que siempre es delito; algo menos que el alcoholismo es el gusto por beber de cuando en cuando y ello a nadie extraña.

Un poeta en que se mezclan resabios de la sicología “fin de siglo” y de la sicología pre-guerra, es decir un hombre que tiene muy pocos puntos de contacto con nosotros, alguna vez expresó su deseo patético de inventar un nuevo vicio. En esta materia, la Humanidad no ha progresado mucho. El progreso existe; pero en lo que se refiere al confort, al dominio sobre la naturaleza, en la técnica, en el confort; moral y espiritualmente el hombre occidental es más o menos el mismo de los primeros tiempos de la cultura occidental. Sin embargo, en los últimos tiempos puede decirse que ha inventado dos vicios nuevos: uno, es el vicio de la velocidad y el otro es el vicio de la lectura. No fué vicio sino delito la lectura en ciertos países antaño; y tales restricciones que en el Perú, por ejemplo, estaban encarnadas en la Inquisición —el primer amago de crítica literaria entre nosotros— está volviendo en nuestros tiempos.

El orador contrapuso luego la lectura como vicio, la lectura como deleite y la lectura como heroísmo, es decir la lectura que va en desmedro de las obligaciones de vivir y trabajar, la lectura que sirve de descanso en la brega y la lectura como profesión y como divisa. Refiriéndose a esta última dijo que hablar de ella en el Instituto Pedagógico era como mentar la sogá en casa en casa del ahorcado.

Un concepto muy generalizado que ha primado en mucha gente y que ha inspirado hasta los libros de texto escolar, ha creído que el heroísmo era patrimonio de los militares y marinos y florecía en las guerras, mediante los gestos decorativos. Inclusive, el heroísmo mejor era el que estaba acompañado por la “pose” de una frase oportuna o retumbante. Pero Bernard Shaw ha dicho que el ser héroe es la mejor manera de adquirir fama sin tener habilidad.

Sin embargo, hay el heroísmo de la cultura, heroísmo cotidiano, permanente, abnegado, duro. Los niños, que aprenden bien pronto a admirar a los grandes héroes militares, deben recibir también la enseñanza de esas grandes vidas ejemplares de hombres que tuvieron el heroísmo de la cultura. En el Perú ha habido ya algunos y su recuerdo debe estar en la conciencia misma de la nacionalidad. Un pequeño inconveniente ocurrirá, sin embargo; y es que los niños aprenderán no sólo el heroísmo de esas vidas sino también su condena perpetua a la pobreza y a veces a la postergación.

Entre los representantes de la cultura como heroísmo mencionó a Antonio Raymondi que a pesar de no haber sido peruano de nacimiento lo fué por el corazón, es decir peruano como pocos. Contrapuso a la figura de Raymondi la figura de don Pedro de Peralta y Barnuevo, como se contraponen la cultura

y la erudición. Evocó también la figura de don Mariano Felipe Paz Soldán no tanto por su obra misma sino por su labor paciente y utilísima de reunir todos los papeles que pudo sobre la historia del Perú que queda obscurecida en las etapas que él no abarcó. Ese hecho vulgar de guardar papeles puede ser también un heroísmo. Pero el tipo de heroísmo superior es aquel en que a la cultura misma se une el valor de la conciencia. En el Perú, por ejemplo existe a ese respecto la figura formidable de Vigil que a la vez que un sabio, fué un insigne polemista contra el clericalismo y el caudillaje y un creyente ilusionado en la democracia y en la solidaridad americana. Terminó el orador exaltando a ese tipo de hombres que depuran el ambiente a pesar de todas sus amarguras y de todos sus pecados. Repitió que no había querido dar a sus palabras un sello doctoral e imperativo ni aún en lo que se refiere a la exaltación de esta casta de hombres, para quienes la cultura que en otros es un vicio se transforma en apostolado. No recomendaba, dijo, a los estudiantes del Instituto Pedagógico que se volverían apóstoles. El apóstol nace; y necesita una serie de renunciamientos a la vida, que es por lo demás tentadoramente bella. Pero sí a alguna fórmula habría que llegar como corolario de todo lo dicho, ella sería siquiera la de querer ser un hombre justo, es decir sin los renunciamientos, sin la responsabilidad, sin la grandeza, sin la excelsitud del apóstol, viviendo, por el contrario en medio de todas las turbulencias de la vida pero con un sentido de justeza, de dignidad, de sinceridad consigo mismo, de independencia, de comprensión.

CONFERENCIAS DEL DOCTOR MANUEL G. ABASTOS SOBRE EL

PROBLEMA INDIGENA EN LA Y. M. C. A.

Invitado por la Y. M. C. A., para tomar parte en un ciclo de conferencias organizado por esta institución, el doctor Manuel G. Abastos, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, se ocupó en el problema indígena en dos conferencias, en las cuales estuvo presente el Decano de la Facultad de Letras, doctor José Gálvez, asistiendo, además, catedráticos de otras Facultades, representantes a Congreso y un numeroso público.

PRIMERA CONFERENCIA

En su primera conferencia, dictada el 15 de octubre, el doctor Abastos habló de la "naturaleza" del problema indígena. El conferencista empezó llamando a éste, "el problema de las mayorías", en razón de que la población total del Perú está constituida, en más de sus dos terceras partes, por indios. El Perú se compone —dijo— de una minoría de blancos y mestizos, y de una mayoría, cada vez en aumento, de indios puros. Los primeros dirigen y gobiernan y gozan de todos los beneficios de la civilización. Los segundos son la vasta gleba sometida, puesta al margen de la civilización y del progreso. El problema indígena, o el "problema de las mayorías", consiste, por lo tanto, en incorporar el segundo grupo al primero y en uniformar, en beneficio de todos, los elementos de cultura de que dispone el país.

Trató, en seguida, el conferencista, de los indiófilos y los indiófobos. Aquellos propugnan la solución inmediata del problema y se dicen amigos del indio. Estos piden la destrucción en masa de la raza indígena, por considerarla